

SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR
Misa del Día
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
25 de diciembre de 2007

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas ... Cantad al Señor vuestras melodías.

A medida que vamos adentrándonos en la contemplación del misterio de Navidad, que esta noche nos ha sido proclamado, aumenta, también nuestro gozo y nuestra maravilla. Realmente el Señor *ha hecho maravillas. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.* Una salvación que no es en absoluto una realidad externa a nosotros, sino que nos implica plenamente. En el Nacimiento del Hijo de Dios como hombre, el Señor *ha hecho maravillas* en favor nuestro. En favor de toda la humanidad, en favor de todos los que por la fe renacen, en el bautismo, *del agua y el Espíritu* (Jn 3, 5), en favor de cada uno de nosotros que nos encontramos en esta casa de oración cantando al Señor nuestras *melodías*.

La pedagogía de la Iglesia nos ayuda a penetrar más y más la realidad de la Navidad con los textos bíblicos que nos proclama y con las plegarias que la liturgia pone en nuestros labios y en nuestro corazón.

El evangelio de san Juan nos acaba de decir que el Niño nacido de María *es la Palabra de Dios, que ya existía en el principio, hecha hombre.* Y que como tal *estaba junto a Dios* desde siempre. Y que *por él* -el que es la Palabra- *todo ha venido a la existencia, porque por medio de él ya creó el mundo,* tal como nos ha dicho, también la segunda lectura. Hacía referencia a esta realidad la oración colecta, cuando decía, maravillada, que Dios creó "la dignidad de la naturaleza humana de una manera admirable". El Padre por medio del Hijo y del Espíritu quiso comunicar la existencia a todas las cosas para que estuvieran al servicio del ser humano. Y a éste lo ha constituido centro y señor de la creación y lo ha hecho -nos ha hecho! capaces de entrar en comunión de diálogo y de amor con él. Por eso "nos creó a imagen y semejanza suya", libres y capaces de compartir con él su amistad.

"I cuando, desobedeciéndolo, perdimos su amistad, no nos abandonó al dominio de la muerte" (cf. Preg. Euc. IV) sino que "restauró -cómo decíamos también en la colecta- la naturaleza humana de una manera todavía más admirable". Por medio de su Hijo hecho hombre por obra del Espíritu Santo, el Padre llevó a cabo *la obra de la purificación de los pecados* y nos concedió *poder ser hijos de Dios; nacidos no de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.* Realmente, ha hecho maravillas.

Sin embargo, todavía la pedagogía de la Iglesia nos invita a contemplar más a fondo "la manera admirable" cómo Dios ha restaurado *la dignidad de la naturaleza humana.* Le ha concedido participar *de la divinidad* del Hijo, de aquél que -tal como hemos rezado- *se dignó compartir nuestra condición humana.* No es mérito nuestro. Es todo gracia. Es *de la abundancia de su plenitud* que lo recibimos, porque la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo. Por eso, hoy que lo contemplamos agradecidos, hemos pedido humildemente la gracia de no estropear este don cuando rezábamos: "haz que participemos de la divinidad..." Dios nos da la posibilidad. Más todavía. Nos llama a participar. Sin embargo, poder hacerlo, débiles y pecadores como somos, sólo nos puede venir de un don suyo y de nuestra más o menos acertada correspondencia.

Con todo, aunque nuestra correspondencia no sea demasiado acertada, Dios no nos

abandona. Nos lo enseña, también, la plegaria de la Iglesia radiante por el misterio de Navidad. En la oración sobre las ofrendas, pediremos con la confianza que nos viene de la promesa del Señor y de la asistencia del Espíritu Santo, que el Padre acepte la ofrenda que le haremos; es decir, tanto el pan y el vino que le presentaremos como el Cuerpo y la Sangre de Cristo que, en la plegaria eucarística ofreceremos a su "majestad" (cf. Preg. Euc. Y). Son las ofrendas "con las cuales nos ha reconciliado perfectamente con él y que son signo y plenitud del culto divino". La recepción, por lo tanto, de los Santos Dones en la comunión nos hace participar de la reconciliación que Cristo nos ha obtenido, nos restaura en nuestra filiación divina y nos introduce en el culto perfecto que Jesucristo, el Hijo hecho hombre, *sentado en las alturas, a la derecha de la majestad divina*, ofrece constantemente al Padre en la unidad del Espíritu Santo. Hacemos bien, pues, de cantar *al Señor* nuestras *melodías*.

Una vez nacido, la Virgen María puso al Hijo que Dios le había dado en un pesebre, nos decía san Lucas esta noche. Es todo un anuncio de lo que tenía que ocurrir. Porque *el que es la Palabra se hizo hombre* para ser alimento de sus hermanos en humanidad. En el corazón de nuestra celebración, en esta mañana radiante de Navidad, se volverá a repetir la donación total de Jesucristo en favor nuestro. Él nos ofrecerá su Cuerpo, "entregado por nosotros" -el mismo Cuerpo nacido de María- y nos volverá a pasar el cáliz de su Sangre, derramado por nosotros y por toda la humanidad, "en remisión de los pecados".

El nacimiento del Señor -cómo dice la postcomunión de esta misa- "nos hace nacer a la vida divina". Y por la participación en la Eucaristía nos alimenta, y nos hace, además, "el don de la inmortalidad". Es el término de la "admirable" restauración "de la naturaleza humana" iniciada en la encarnación: llegar a vivir para siempre en la vida eterna. Dios nos encamina hacia esta realidad de plenitud. Ésta es nuestra vocación. Acojámosla con agradecimiento. Y dispongámonos a vivirla cada vez más a fondo, tanto en nuestra docilidad obediente al seguimiento de Jesucristo, como en nuestra apertura y donación a los otros, según el estilo de él, para respetar la dignidad que Dios ha dado a cada uno y para ayudarlos a avanzar hacia la plenitud de su realidad personal.

En este sentido de donación a los otros, os proponemos hacer una aportación concreta. Cómo decía esta noche, el P. Juan José Pineda, obispo auxiliar de Tegucigalpa, en Honduras, nos comunicó que, en el norte de su archidiócesis, unas 2000 familias campesinas, ya de por sí muy pobres, habían sido víctimas hace unos tres meses de un terremoto con unas treinta réplicas y carecen de las cosas más esenciales. Hemos pensado, pues, que podríamos hacer una colecta al final de esta celebración, para ayudarles a paliar un poco sus necesidades.

Cantemos *al Señor*, en este día de Navidad, *un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas ... revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad*. ¡Demos gracias a Dios!